

El niño que soñaba con ratones famosos, playas de ensueño, lujo, cohetes y cerdos

¿Quién no querría volver a ser un niño para disfrutar en un parque lleno de tus personajes favoritos, en donde puedes ver cómo viven, y además, repleto de atracciones para no dejar de ser feliz? Pues ese era el objetivo del viaje, pasarlo como un niño en el parque de atracciones más grande del mundo, y ya de paso, aprovechar para visitar lo más interesante de la península de Florida.

Aunque el punto central del viaje era ir a Disney World, no iba a ser el primer destino que visitaríamos. El punto de partida iba a ser Miami, la ciudad más famosa del estado y a donde llegaba nuestro vuelo desde Madrid. Concretamente, nos íbamos a centrar en la zona de South Beach, la más conocida de la ciudad gracias sobre todo a la famosa serie de los 80 “Corrupción en Miami”.

Ya que teníamos el hotel a escasos 3 minutos de la playa, no había más que decidir: nos vamos



a la playa. Ya dije que la idea era pasarlo como un niño, y ¿qué mejor forma hay de disfrutar que ir a la playa? Y eso que era marzo, pero es que la temperatura era siempre superior a 25 grados todos los días. El clima tropical es lo que tiene. La calle que está paralela a la playa es la famosa Ocean Drive, donde ya pudimos vislumbrar que no era una calle cualquiera. Edificios *art déco*, restaurantes de lujo, coches caros y mucha gente. Eso sí, era pronto, apenas las 4 de la tarde, nada comparable a la noche.

La playa de arena dorada se veía enorme, el agua del mar era de un maravilloso color turquesa, la gente era joven en su mayoría y las conocidas casetas de los socorristas estaban diseminadas por toda la zona, cada una con un diseño diferente y peculiar. Espectacular pasar una tarde de playa en un sitio así.

La tarde tocaba a su fin, y había que pasear de nuevo por la zona de la gente guapa de la ciudad, pero ahora ya con otro ambiente. Es decir, mucho turista, mucha música, y gente ataviada con sus mejores galas, bajándose de automóviles lujosos o limusinas a la puerta de los diversos bares y restaurantes para probar su (cara) comida. Podrá gustar más o menos este estilo de vida, pero es algo que hay que vivirlo, ya que es algo que no vamos a experimentar habitualmente. No en vano, Miami y en general, el estado de Florida, son de las zonas de EE. UU. donde se encuentra un mayor nivel de vida y de riqueza.

Al día siguiente tocaba excursión a los Everglades, una zona pantanosa que está a pocos kilómetros de Miami, conocida porque se pueden ver caimanes y otra fauna autóctona. Se llega en autobús al centro de visitantes, y allí se puede embarcar en un aerodeslizador (una especie de barca impulsada por grandes ventiladores) para recorrer las aguas y tratar de ver los susodichos caimanes. Costó lo suyo poder avistarlos, pero sí, lo conseguimos al final. Entre la vegetación y las turbias aguas pudimos ver varios de estos reptiles moverse silenciosa y sigilosamente. Aparte de también observar diversas aves, el moverse por esos cenagales en el

aerodeslizador es una experiencia diferente y única, que merece la pena sin duda. Al final de la visita, hay también una charla-espectáculo donde uno de los cuidadores explica todo lo relativo a los caimanes y juega con algunos que tienen en la granja. En teoría, estos caimanes que tienen ahí son porque se “escaparon” de su hábitat y por alguna razón ya no pueden volver a vivir en libertad.

De vuelta a Miami, tras poder ver desde el autobús los enormes cruceros que llegan a la ciudad y las impresionantes mansiones de los famosos que tienen por la costa, pudimos visitar otras zonas interesantes como Brickell, el distrito financiero y también lujoso de la ciudad; Little Havana, un barrio donde básicamente viven los exiliados cubanos y de otros países caribeños que viven en la ciudad, con locales típicamente cubanos y zonas que no parecen estar en una gran ciudad estadounidense; Winwood Walls, una zona en donde existen multitud de grafitis pintados en muros y edificios que es como un museo al aire libre, aunque también existe un museo de pago muy interesante; y cómo no, volver a la zona de la playa, que era donde estábamos hospedados.

Con todo esto, dimos por finalizada la visita a Miami y nos dispusimos a hacer la famosa ruta de los cayos de Florida. Una carretera que discurre a través de numerosas isletas (llamadas cayos) entre el Océano Atlántico y el Golfo de México. Playas paradisíacas, puentes sobre el mar famosos por películas como “Mentiras arriesgadas”, la diversión y las puestas de sol de Cayo Hueso (Key West en inglés), y llegar al extremo de EE. UU. que está más cerca de Cuba, a sólo 140 kilómetros, hace que sea todo un espectáculo vivir este road-trip, que lleva unas 4 horas ida y otras 4 de vuelta, aparte de las diversas paradas que se pueden hacer. Imperdible. Eso sí, hay

que prepararse para reservar con antelación los alojamientos y saber que el precio va subiendo a medida que vas avanzando por la carretera. Y no es que suba algo, es que son precios casi prohibitivos si intentas buscar alojamiento en Cayo Hueso. La vuelta de noche sí que se hace algo larga, porque ya no disfrutas de las vistas que había de día, y porque la velocidad a la que puedes ir en una carretera de un solo carril, está limitada y supercontrolada por los típicos coches de policía escondidos en un lateral que salen cada poco a por quien se excede de las 70 millas por hora estipuladas.



Ahora sí, la siguiente parada iba a ser la otra gran ciudad de Florida, Orlando. Pero no para visitarla, sino porque cerca de la ciudad está el parque de atracciones por antonomasia: Disney World. 4 parques distintos (más 2 acuáticos), con el objetivo de divertirse al máximo y pasarlo como un niño. Hay que tener en cuenta que en la misma zona, aparte del parque de Disney, hay otros megaparques como el de Universal Studios, compuesto de 2 parques distintos, el parque de Legoland, y otros más que convierten a esta zona en un lugar perfecto para los amantes de los parques de atracciones. Volviendo a nuestro plan, sabiendo que se podría pasar un día en cada uno, y aun así quedarían cosas sin ver, como tampoco disponíamos de tiempo infinito, que decidimos visitar 3 de los parques de Disney (Magic Kingdom, Hollywood y Epcot). Cada uno tiene sus características diferentes, atracciones espectaculares, miles de personas y actividades para que no haya opción a no pasarlo bien. Ni siquiera importa que haya atracciones en donde hay que esperar más de una hora de cola para poder subir, y que luego el viaje dure únicamente 5 minutos, es que hay tantas cosas, y tan distintas, y tanto que ver, que no importa. Mickey,

Donald, Goofy, Buzz Lightyear, Cenicienta, los 7 enanitos, Peter Pan, Darth Vader, el



Mandalorian... Te los puedes encontrar a todos por las calles, o en la atracción perfectamente ambientada de cada uno de esos mundos, que te hace sumergirte totalmente en la historia que estás viviendo. Además, tiendas, restaurantes, desfiles, espectáculos de luz y sonido cada día, dan ganas de querer volver una y otra vez, si

no fuera por el cansancio acumulado, pero sí, merece la pena sin duda. Sentirse como un niño es maravilloso.

3 días enteros en parques de atracciones te dejan agotado, pero quedaba mucho viaje por delante. El próximo destino era, nada más y nada menos, que visitar el Centro de Lanzamientos de la NASA en Cabo Cañaveral. Un sitio mítico por todo lo que significa ese lugar. Desde hace más de 60 años se vienen lanzando multitud de naves espaciales que han hecho historia, incluida la llegada del hombre a la Luna. Tras visitar exposiciones muy interesantes en donde se podían ver trajes espaciales, rocas lunares, viejos cohetes, el centro de control y seguimiento original e incluso, el transbordador Columbia, ya fuera de servicio, pudimos asistir a otro momento

inolvidable, como es el lanzamiento de un cohete que iba a poner en órbita un satélite. En este caso era de la compañía SpaceX, y desde la grada que tienen instalada, cientos de personas asistimos en directo a la preparación, cuenta atrás, y despegue de algo que parece inimaginable. Ver el humo que se produjo, el ruido, el cohete



subiendo rápidamente para situarse en la estratosfera en pocos minutos, y ver cómo caía a tierra una de las fases del mismo es algo que no se ve todos los días. Disfrutamos como niños.

Poco nos quedaba por ver en Florida, pero de vuelta a Miami pasamos por Palm Beach, otra ciudad en donde residen millonarios de todo el país, y se puede comprobar por las espectaculares mansiones que se ven al lado de su preciosa playa, y la sensación de que todo es idílico allí. Palmeras, sol, calles impecables, todo cuidado al detalle. Sí, hay que tener mucho dinero para vivir allí.

Mirando el mapa de Florida, se pueden ver unas islas que están a escasos 100 km de la costa atlántica, y cuyo nombre nos evoca un lugar en donde descansar en playas paradisíacas, con arena blanca, agua cristalina, y donde poder descansar de lujo. También puedes pensar en que es un paraíso fiscal, pero ese es otro tema. Así que pensamos ¿por qué no? Un par de días en las Bahamas no puede ser malo. Allí nos fuimos. Un vuelo de apenas 40 minutos nos llevó a Nasáu, su capital, y aparte de comprobar que hay cierta tranquilidad caribeña, pudimos confirmar que es todo lo que pensábamos a priori. Cualquier playa que te encuentres en la isla es de postal, te

podrías pasar horas en esa agua templada de color turquesa, tomando una cerveza y comiendo especialidades locales, que además no son nada caras. Eso sí, hay que tener en cuenta que la multitud de turistas que llena la ciudad durante el día, a las 6 de la tarde desaparecen, ya que es la hora de volver a su megacrucero que está amarrado en el puerto, y hasta la mayoría de tiendas cierran porque saben que el 90% de los turistas ya se han ido.

Aparte de visitar Nasáu, la idea que teníamos era hacer una excursión por las islas Exumas, un pequeño archipiélago que está al sur y que prometía ver las mejores playas, nadar en playas con tiburones (inofensivos, eso sí), ver los restos de un avión hundido que perteneció a Pablo Escobar, ir a otra playa con iguanas, e incluso, irse a una playa en la que habitan unos cerdos (sí, cerdos bahameños) autóctonos que son la atracción de las islas. Decíamos que prometía porque el día anterior a ir allí, nos enviaron un mensaje informando que la excursión se suspendía debido al mal tiempo (entendido como que había mucho viento, por supuesto que no iba a llover ni bajar de 28 grados la temperatura), así que nos quedamos sin la opción de hacer todas esas cosas. Para intentar compensarlo, buscamos una excursión en la misma Nasáu para hacer algo similar, y conseguimos encontrarlo, dentro de lo que cabe. Así que nos subimos en un barco, nos



enseñaron las mansiones de multimillonarios que hay por allí, hicimos snorkel para ver peces de colores, nos fuimos a otra isla a disfrutar de su playa en hamacas de paja, y sí, ahí vimos también a los cerdos que se bañaban en el mar y comían la fruta que les dábamos los turistas. Incluso se dejaban coger en brazos los pequeñitos y correteaban felices. Sí, nunca hubiera imaginado ir a las Bahamas para bañarse con cerdos. Eso sí, lo pasamos como

un niño una vez más disfrutando de todo lo que rodeaba a la excursión.

Después de todas experiencias, tocaba la vuelta a casa. Como siempre que se vuelve de unas vacaciones, tristes por un lado porque hay que volver a la cruda realidad, pero contentos por otro lado después de haber disfrutado como niños en todas y cada una de las visitas que hicimos. No cabe duda de que ver las cosas con los ojos de un niño y no pensar en nada más, siempre ayuda a ser más feliz.